

¿Qué secretos esconden
la Masonería y la Ciencia Noética?

INVESTIGACIÓN
ABIERTA

LAS CLAVES HISTÓRICAS DEL SÍMBOLO PERDIDO

Masonería y su misticismo esotérico.
La Ciencia Noética y el poder de la mente.



ANA LÍA ÁLVAREZ y EDUARDO R. CALLAHEY

LAS CLAVES HISTÓRICAS DE EL SÍMBOLO PERDIDO

EDUARDO R. CALLAEY
ANA LÍA ÁLVAREZ



Colección: Investigación abierta
www.nowtilus.com

Título: Las claves históricas de *El símbolo perdido*

Autor: © Eduardo R. Callaey
© Ana Lía Álvarez

© 2010 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3^oC, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Diseño del interior de la colección: JLTv

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-956-9

Libro electrónico: Primera edición

ÍNDICE

Introducción

PARTE I:

MASONERÍA Y SU MISTICISMO ESOTÉRICO

Nota preliminar

1. La conspiración en su paroxismo. Estados Unidos, ¿una potencia masónica?
2. Origen de la palabra Heredom y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado
3. La masonería en la fundación de Estados Unidos
4. La masonería en tiempos de Obama
5. Un secreto
6. Un poder encerrado en la piedra
7. ¿Por qué existe un saber prohibido desde el principio de los tiempos?
8. ¿Qué significa la palabra *masón*?
9. Los masones en el Antiguo Testamento
10. Los masones en el mundo antiguo
11. ¿Dios geometriza?
12. Las cofradías mediterráneas
13. ¿Existe un origen cierto para la masonería?
14. Los magos de la piedra
15. ¿Cómo llegaron los masones a convertirse en depositarios de un saber antiguo?

16. La cábala en la francmasonería
17. La caballería templaria
18. La herencia rosacruz, ¿una reforma dentro de la Reforma?
19. Sociedades secretas y revolución científica
20. El Colegio Invisible y los primeros manifiestos. *La llama de la fraternidad* y otros libros misteriosos
21. Los rosacruces en Inglaterra
22. La represión y el silencio antes de la tormenta rosacruz
23. Los rosacruces y su influencia en la francmasonería
24. Las leyendas masónicas. Los grandes ciclos legendarios
25. El Templo de Salomón en las leyendas masónicas medievales
26. ¿Qué hay de realidad en la leyenda del tercer grado?
27. La misteriosa piedra de Ornán
28. Hiram Abí: el gran arquitecto que era, en realidad, un fundidor
29. La reina de Saba y los *Hijos de la Viuda*
30. La tradición rectificadora
31. Phaleg, el Arquitecto
32. La condena de los papas, ¿por qué la Iglesia católica condena a la francmasonería?
33. *El símbolo perdido*

PARTE II:

LA CIENCIA NOÉTICA Y EL PODER DE LA MENTE

Agradecimientos

1. ¿Qué es la ciencia noética?
2. ¿Quién es el fundador de IONS y quiénes fueron sus visionarios? ¿Cómo influenciaron al mundo en sus 36 años de vida?
3. ¿Quiénes son los científicos que forman parte de IONS?
4. ¿Es la ciencia noética el puente o el eslabón que une la ciencia moderna con la sabiduría antigua perdida?

5. ¿El pensamiento humano puede literalmente transformar el mundo físico?
6. ¿Somos los creadores de nuestro universo a través del poder de nuestra Intención?
7. ¿Es verdad que el poder del pensamiento crece exponencialmente con el número de mentes que lo comparten?
8. ¿Hay una conciencia universal, un inconsciente colectivo que influye tanto o más que la realidad en nuestras vidas?
9. ¿Qué rol juega la tecnología en nuestras vidas? ¿Se combina para crear una red de mentes interconectadas capaz de cambiar nuestra manera de ver el mundo?
10. Conclusiones

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Dan Brown sorprendió nuevamente a sus lectores al conjugar, de manera insospechada, dos campos tan disímiles entre sí como la francmasonería y las ciencias noéticas. La trama de *El símbolo perdido*, cuya acción transcurre en Washington D. C., pone sobre el tapete muchos de los tópicos que giran en torno a las sociedades iniciáticas. En este caso la de los masones, cuya presencia en la fundación de Estados Unidos de América es un hecho histórico fuera de toda duda, y la de los rosacruces, a quienes se atribuye haber impulsado el pensamiento científico en el siglo XVII.

Pero Brown no se queda en estos aspectos, sino que avanza hacia una maraña de ritos, ceremonias, símbolos y signos, todos rodeando un secreto que Robert Lang don debe revelar en apenas unas horas. Sin embargo —he aquí la sorpresa—, se verá acompañado de una científica del Instituto de Ciencias Noéticas que aportará a la historia una fascinante combinación entre la tradición y los nuevos paradigmas.

Un análisis profundo de las diferencias entre noética y masonería sería tan inútil como la comparación de peras con manzanas. La noética es abierta, expansiva, científica,

moderna, en el sentido más amplio de la palabra. La masonería es una organización que guarda misterios; se abre solo a aquellos que son iniciados y su ingreso requiere de una ceremonia no exenta de pruebas y compromisos significativos. Dicho más claramente, este libro no es un análisis comparativo de francmasonería y noética sino una explicación de ambas cosas, en especial de aquellas que Brown menciona en *El símbolo perdido*.

La noética, fundada hace más de tres décadas por el científico y astronauta Edgard Mitchell, se ve, en todo caso, confrontada con una institución milenaria, a la que podemos atribuir, como mínimo, tres siglos de institucionalidad. Es que, justamente, lo que Brown construye en su historia es nada menos que la combinación entre dos instituciones radicalmente diferentes en su conformación, en su organización y en su desarrollo histórico. Sin embargo, a ambas les atribuye un mismo fin: la búsqueda de Dios.

Una experiencia de carácter trascendente, que el propio Mitchell describe como una epifanía, llevó a este astronauta de la Apolo 14 a repensar su visión de la ciencia y fundar una institución que cambiaría radicalmente el modo de ver el mundo. ¿Qué tipo de experiencia pudo llevar a un científico a vivir una profunda transformación?

Pero, acaso, ¿qué tipo de experiencia puede llevar a un masón a afirmar que la iniciación lo catapulta a un nuevo estado de conciencia?

¿Es la ciencia noética el puente o el eslabón que une a la ciencia moderna con las tradiciones esotéricas? Durante siglos, los científicos ignoraron el profundo conocimiento de estas Escuelas de Misterios, sin embargo, en las últimas décadas parece haberse modificado esta limitación. ¿Está la ciencia en condiciones de explorar estos nuevos paradigmas?

Ciencia y esoterismo no han sido incompatibles en el pasado. Lo vemos en el mundo clásico, en la

experimentación empírica de los filósofos renacentistas. Muchos rosacruces y masones estuvieron involucrados en el impulso del pensamiento científico, especialmente desde el seno de la Royal Society, cuyo círculo esotérico se ha vinculado frecuentemente con el Colegio Invisible.

Podríamos afirmar, también, que en los círculos noéticos la novela fue bien recibida, y que existe consenso en el sentido de que Dan Brown ha dado en la tecla en el momento de definir el objeto de las ciencias noéticas. En los círculos masónicos ha sido recibida con cierta indiferencia y algún recelo, pues se sabía de antemano que Brown utilizaría los aspectos más atractivos y provocadores de la francmasonería, en desmedro de aquellos considerados como ejes fundamentales de su doctrina. La conclusión es que la francmasonería no queda tan mal parada, pero, también, que ha sido descrita solo una de las tantas formas de masonería que existen en el mundo: la norteamericana, y, por cierto, de modo muy superficial.

De manera que este libro, dividido en dos partes —la primera dedicada a la masonería y, la segunda, a las ciencias noéticas— no es un intento de encontrar diferencias y convergencias, sino de informar adecuadamente al lector interesado que, a partir de la lectura de *El símbolo perdido*, quiera comprender más a fondo qué es la noética y qué es la masonería. Estamos seguros de que, en cualquiera de los dos casos, el lector encontrará vías de investigación si es que, finalmente, vislumbra en estas corrientes de pensamiento un camino válido para su realización espiritual, pues ese es el punto en común entre ambas.

Es evidente que el hombre está sufriendo un cambio profundo en su cultura, en su espiritualidad y en su forma de relacionarse con los demás y con su medio ambiente. Las tradiciones antiguas, amalgamadas y reunidas en torno a las Escuelas de Misterios, siempre han sido una reserva de la sabiduría antigua. Las ciencias noéticas plantean la

necesidad de volver la vista hacia estas grandes tradiciones, sin dejar por ello de utilizar todas las herramientas que nos brinda la tecnología, incluidas las grandes redes de comunicaciones.

Los autores de este libro han tratado de dar respuestas a los interrogantes que quedan abiertos en la ficción planteada por Brown, conscientes de las limitaciones de un trabajo de esta naturaleza en el que el interés del lector asume múltiples direcciones. En resumen, *Las claves históricas de El símbolo perdido* transmite la experiencia de los autores en ambos campos. Es un libro escrito desde dentro. Desde el centro mismo de la experiencia directa.

Los autores

PARTE I

MASONERÍA
Y SU MISTICISMO ESOTÉRICO

NOTA PRELIMINAR

La idea de escribir un libro sobre la novela de Dan Brown *El símbolo perdido* surgió en el otoño austral, en una charla con mi editor, Santos Rodríguez, cuando ni siquiera sabíamos el título —uno de los secretos mejor guardados por el autor— con el que se publicaría la obra. Apenas se había filtrado el rumor de que la trama giraría en torno a los masones. Con el antecedente de *Ángeles y Demonios* y *El código Da Vinci*, las logias masónicas sintieron cierto escozor con solo pensar en la forma en que Brown abordaría un tema tan complejo y de aristas ciertamente controvertidas.

Durante varios meses trabajamos en un proyecto que nos llenaba de dudas. La idea fundamental era explicar con claridad qué era la masonería. Pero no nos convencía un libro que solo fuese una guía elemental del tema. Hay muchos libros escritos sobre masonería y el lector que buscase más información que la expuesta por Brown merecía algo más que un catálogo de ritos y grados.

Sin una perspectiva clara del argumento de su nueva ficción, nuestro proyecto entró en vía muerta hasta que, finalmente, tuvimos acceso al texto y descubrimos que las

tres patas fundamentales giraban en torno a un *secreto*, a la *francmasonería* y a las *ciencias noéticas*. Este último punto, inesperado, cambió mi visión del proyecto y me hizo repensar las dudas que había albergado hasta entonces. Podíamos contar con un coautor especialista en noética.

Hacia mediados de la década de los noventa conocí a Ana Lía Álvarez. Fue en oportunidad de ser convocado para trabajar en la producción de un proyecto televisivo denominado *Holograma*, cuyo objetivo era el de poner al alcance del público el pensamiento de vanguardia, uniendo ciencia y espiritualidad a través de los grandes referentes del denominado *nuevo paradigma*. Una de las fundadoras del proyecto era Ana Lía, quien ya en aquel momento estaba vinculada con el Instituto de Ciencias Noéticas.

Holograma se convirtió en un hito importante de la televisión cultural en Argentina y algunas de las series emitidas —tal el caso de *Curación y la mente*, de Bill Moyers— fueron producidas con el patrocinio de IONS. Fue a través de Ana Lía Álvarez que tuve una aproximación a esta nueva visión de la ciencia frente a las tradiciones antiguas.

Resultó un hecho doblemente inesperado, porque luego de no vernos durante varios años, habíamos retomado el contacto pocos meses antes de que el mundo supiera que Brown había decidido unir, en la ficción, ciencias noéticas y masonería. Esta circunstancia hizo que nos replanteáramos el proyecto editorial y trabajáramos en un texto que aclarara al lector los alcances de ambas corrientes. Como siempre, Santos Rodríguez tuvo vital participación en el desarrollo del trabajo y discutimos intensamente acerca del planteamiento de la obra. El resultado de este esfuerzo contra reloj está ahora en manos del lector.

La primera parte habla de la francmasonería, de su historia, sus mitos y sus contradicciones. Por tratarse de un texto de divulgación, algunos temas no han podido ser abordados con la profundidad adecuada. Para el caso, el

lector interesado en sumergirse en la masonería profunda puede encontrar información mucho más detallada y completa en dos obras anteriores, publicadas en el mismo sello editorial bajo los títulos de *El otro Imperio cristiano* y *El mito de la revolución masónica*. Respecto de la masonería medieval, mi anterior libro, *Los orígenes cristianos de la francmasonería*, continúa siendo un buen manual relativo a ese período específico en la historia de la orden.

El hecho de ser masón me obliga a advertir al lector sobre dos aspectos. El primero es que la denominada *universalidad masónica* se encuentra hoy profundamente fragmentada, razón por la cual he tratado de exponer, no solo la masonería del Rito Escocés Antiguo y Aceptado — que Dan Brown toma como referencia—, sino también algunas otras corrientes y ritos que conforman la columna vertebral de la doctrina masónica. El segundo es que, necesariamente, he debido incluir abundante material en torno a los rosacruces, pues tal como el propio Brown plantea, su influencia en la francmasonería ha sido determinante.

En estos meses, mi esposa Luciana ha tenido la inmensa paciencia de escuchar, noche tras noche, todas mis dudas respecto a cómo encarar una tarea a la que no estoy acostumbrado, pues, generalmente, he escrito para masones y estudiosos de las sociedades secretas. En muchas ocasiones, al revisar mis manuscritos, hemos confrontado ideas y perspectivas. Sus sugerencias fueron determinantes a la hora de definir numerosas encrucijadas del laberinto masónico.

Finalmente, como masón activo, en lo que compete a la francmasonería, dejo expresa constancia de que el contenido de esta obra no compromete ni representa más que la opinión de su autor.

Eduardo R. Callaey

LA CONSPIRACIÓN EN SU PAROXISMO. ESTADOS UNIDOS, ¿UNA POTENCIA MASÓNICA?

Cuando supimos que Dan Brown preparaba una novela en la que los masones tendrían un papel central, no nos sorprendimos en absoluto. De alguna manera, la trama de sus dos anteriores novelas —con un esquema literario y un ritmo similar— preanunciaban que la masonería sería una estación obligatoria en el derrotero conspiracionista del autor de *El símbolo perdido*. En definitiva, Brown no podía desconocer que los masones habían heredado las tradiciones de la Orden del Temple —que él describe como una suerte de círculo externo del Priorato de Sión que tanto menciona en *El código Da Vinci*— y mucho menos podía desconocer que los Illuminati de *Ángeles y demonios* nacieron como una organización que infiltró a la masonería del siglo XVIII, causando estragos que aún hoy lamentamos.

Tampoco podía desconocer Brown la influencia de los rosacruces en la francmasonería, ni que esta era un reservorio —por momentos una verdadera mezcolanza— de cábala, alquimia, astrología, *corpus hermeticum*, y cuanto esoterismo ha dado a luz la cultura occidental. Si finalmente, iba a reincidir en las grandes conspiraciones de

la historia, no tenía otra alternativa que acudir al mito más contundente en la materia: *los masones*.

La única duda era el modo y la visión desde la que iba a enfocar a la francmasonería, la sociedad secreta más poderosa y difundida del planeta. ¿Pero por qué la francmasonería norteamericana? Tanto la acción en *Ángeles y demonios* como en *El código Da Vinci* se desarrolla en Europa, el continente en el que nace y se expande la francmasonería. ¿Por qué Dan Brown traslada las aventuras de Langdon a Estados Unidos? Creemos que la respuesta es simple: porque ese país tiene la masonería políticamente más poderosa, la más generosa en su obra filantrópica y la más numerosa en membresía.

Si bien la masonería ha sido concebida desde una posición eurocéntrica, hay que reconocer que su rito más popular —el denominado Rito Escocés Antiguo y Aceptado con su famoso grado 33 en el vértice de la pirámide— fue gestado en tierras americanas y luego difundido por el mundo. Salvo quien ha estudiado algo de masonería, pocos saben que existen otros poderosos ritos, como el Francés, el Escocés Rectificado, el de York (también llamado de Emulación), el de Memphis y Mizraim, etc. Tampoco es común que el lector medio sepa que existen diversas órdenes masónicas, como la Orden del Santo Real Arco del Templo de Jerusalén, o la Orden de Maestros Masones de la Marca, o la de los Marineros del Arca Real, o la Orden Masónica Religiosa y Militar de Palestina, Rodas y Malta (más conocida como la Orden Masónica Templaria) o la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, asociada al Régimen Escocés Rectificado.

Todos estos ritos han nacido y evolucionado en Europa; pero el Rito Escocés Antiguo y Aceptado —con sus 33 grados— tomó su forma final en Estados Unidos. Conviene introducir al lector con un breve relato de su historia.

Los masones norteamericanos unieron varias tradiciones y ritos europeos, amalgamando tradiciones

provenientes del judaísmo con su cábala, del cristianismo con sus rosacruces protestantes, del deísmo introducido por los pastores ingleses, de toda la parafernalia heredada de los antiguos misterios del mundo clásico (el tan mentado «Conócete a ti mismo») y del exquisito pensamiento renacentista en el que el pensamiento mágico y el incipiente conocimiento empírico de los procesos científicos conformaron el marco para una pléyade de sabios casi equivalente a la del Siglo de Pericles.

Pero de tal amalgama de tradiciones no podía salir otra cosa que una enorme diversidad de interpretaciones. Pues abarcar todo el conocimiento que propone el recorrido de los treinta y tres grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado impone una vida dedicada al estudio de tantos textos y tradiciones tan imposible como inútil desde el punto de vista iniciático. Veamos cómo nació este rito.

Sucedió que, después de que los masones dejaran de construir en piedra y se volviesen *especulativos*, se constituyó en Inglaterra —más precisamente en Londres— una gran logia a la que se unieron cuatro logias de dicha ciudad. La organización quedó en manos de pastores presbiterianos (James Anderson y Teophile Desaguliers, este último connotado miembro de la Royal Society, al igual que muchos rosacruces, como Elías Ashmole e Isaac Newton, reiteradamente citados por Brown) que dictaron a la logia una primera regla que ha pasado a la historia como *Las Constituciones de Anderson*.

Este grupo respondía políticamente a la Casa de Hannover, reinante en Inglaterra hacia 1717. Pero muchos masones católicos, fieles a la derrocada dinastía de los Estuardo, se exiliaron junto con Carlos Estuardo el Pretendiente en Francia, nación históricamente aliada de Escocia. La mayoría de estos masones eran escoceses y católicos, al igual que la depuesta Casa de Estuardo. Fue así que, mientras en Inglaterra se desarrollaba una masonería deísta, que solo reconocería tres grados

(aprendiz, compañero y maestro), en Francia evolucionó una masonería teísta y trinitaria en la que los masones escoceses pronto inventaron una suerte de cuarto grado.¹ ¿Por qué un cuarto grado? Porque los maestros escoceses asumieron unilateralmente la misión de vigilar y mantener la pureza de su tradición en las logias simbólicas, en las que, generalmente, trabajaban ocultando su verdadera filiación escocesa y el conocimiento propio de sus capítulos. Nacen así los denominados altos grados.

Su objeto era el de preservar las antiguas tradiciones escocesas y velar porque los masones de los tres grados mencionados no cayeran en el relajamiento propio de los andersonianos, famosos por sus logias de tabernas y su vocación ética que les valió una fama que ha quedado inmortalizada en poemas, canciones y comentarios picarescos de aquella época. No pasó mucho tiempo para que este cuarto grado se subdividiera dando nacimiento, hacia arriba, a los famosos círculos concéntricos que caracterizan a la masonería.



Jean Théophile Désaguliers (1683-1744), miembro de la Real Sociedad, y James Anderson (1678-1739), pastor presbiteriano y masón. Juntos redactaron la primera Carta Constitucional Masónica, justamente denominada como *Las Constituciones de Anderson*.

Es así que, mientras algunos masones estaban seguros de poseer la clave de los antiguos misterios, otros encontraban en las logias una suerte de sociabilidad, en la que burgueses y aristócratas confraternizaban tal como era

la moda en aquel siglo que iba a terminar con la tragedia de la Revolución francesa.

Hemos escrito ampliamente sobre este período de la historia de la masonería en dos libros anteriores, que el lector interesado puede consultar. Se cree que el primer rito denominado *escocés* fue el Rito Escocés Filosófico de la logia Madre de Marsella, creado hacia 1750 y que ya estaba compuesto de 18 grados. Después de este apareció el Rito de Heredom (sí, la famosa palabra a la que tanto recurre Brown) o también llamado de Perfección, compuesto por el Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente (estamos hablando de París, hacia 1758).

¹ Cabe aclarar aquí que para los deístas Dios es cualquier Dios, mientras que para los teístas Dios es el Dios Trinitario del Nuevo Testamento.

ORIGEN DE LA PALABRA HEREDOM Y EL RITO ESCOCÉS ANTIGUO Y ACEPTADO

Según la opinión de varios autores,² Heredom es el nombre de una legendaria montaña situada en el nor oeste de Escocia, donde habrían buscado refugio algunos caballeros templarios, luego de la destrucción de su Orden. Sugiere el especialista Jorge Ferro que se trata de una simple leyenda, ya que tal montaña no está registrada en la geografía escocesa. Pero no sería la primera vez que una organización iniciática atribuye una nomenclatura propia a cosas y seres que, públicamente, son conocidos con otro nombre. También señala, entre otras posibilidades, que puede tratarse de la contracción de dos palabras griegas *hieros* y *domos*, «casa santa, templo».

Este Rito de Heredom o Rito de Perfección, de 25 grados, fue llevado a América por Étienne Morín tras recibir una carta patente en Francia. El número de grados se amplió, surgiendo el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de 33 grados, con algunos como el de Caballero Kadosh, que tiene reminiscencias templarias y en el que se jura la venganza de Jacques de Molay, último gran maestro del Temple.